

Pues bien, contra Lutero, Calvino, Enrique VIII y sus sucesores, Dios suscita grandes y verdaderos reformadores: S. Francisco Javier y S. Francisco Solano en las Indias; Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz en España; S. Francisco de Sales en Ginebra, y S. Pio V en Roma; hé ahí los auxiliares, los ministros de la verdad. Despues, el santo concilio de Trento anuncia al mundo cristiano las nuevas leyes de la verdadera, de la santa reforma.

Pero, ¡ Dios mio! al tratar de la trasmision de la revelacion en el mundo, he olvidado los pacíficos pueblos de la Tebaida; la Europa, cubriéndose de magníficas catedrales; Rafael y Miguel Angel, empleando sus inmortales pinceles en las obras maestras de arte, que nunca serán sobrepujadas. ¡ La revelacion! ¡ Oh! Vedla en el campo de batalla, desde el mártir de la heróica legion tebana, hasta nuestras guarniciones de Africa, fieles á la fe de sus madres y de sus sacerdotes. ¡ La revelacion! Más de una vez ella ha dictado á la justicia sus decretos, aconsejado á los príncipes la clemencia, y repartido sus gracias invisibles sobre todos los sentimientos de amor y caridad. ¡ La revelacion! Ella es aún en nuestros dias el alma del mundo, la vida de los pueblos, la esperanza de los débiles, el freno de los fuertes y la garantía seria del porvenir.

¡ Y preguntais si el hecho de la revelacion se ha verificado! Ciegos, el sol os ofusea y mendigais la luz. ¿ Es que no veis lo que buscáis? Ella os rodea como el aire que respirais: os acompaña sobre el regazo de vuestras madres, os sonrie en los lábios de vuestra hermana, os acaricia con el casto amor de vuestra esposa, y se os aparece inefable de gracia y de belleza bajo los encantos de vuestra hija. Jamás os ha abandonado; ella es vuestra inseparable compañera; ha estado fiel á vuestro lado en los bancos de la escuela, en el santuario de la ciencia, en el foro, en el ejército, en los negocios. En verdad, que desde la cuna y el bautismo de la infancia, hasta la muerte y la tumba en la senectud, ni un solo dia habreis dejado de oír un acento, un eco de la revelacion, y, sin embargo, preguntais: ¿cuándo vendrá su cumplimiento? ¡ Su cumplimiento! Pero vosotros mismos, sin saberlo, quizás, sois sus maravillosos instrumentos, y preparais laboriosamente su camino. En alas del vapor, franqueais los mares desconocidos á los antiguos, viendo á vuestro lado, sobre el puente del navío, la revelacion personificada bajo la figura de un religioso, de un misionero. Marchando en línea recta, perforais las montañas, aplanais las colinas y colmais los valles para extender por todas partes vuestras líneas férreas, y bien pronto, por los esfuerzos gigantes de la industria, abarcareis en un solo é inmenso abrazo, el mundo

entero. Pues bien; la revelacion os seguirá en vuestra audáz carrera, se entregará como vosotros á la fuerza ciega de esos corceles inflamados, y aún más léjos que vosotros, llevará el tesoro de sus gracias, de sus misterios y de sus virtudes.

¡ Y qué! esta obra maravillosa y secular de la revelacion ¿ podria todavía inquietaros, y ser causa de espanto para vosotros, hijos del siglo XIX? ¿ Importunará vuestras pasiones, humillará vuestro orgullo? ¡ Ah! cristianos, nobles hijos de Jesucristo, oíd la voz de vuestro Salvador! De esas pasiones, y de ese orgullo, Dios os pide hoy el generoso sacrificio: sabed inmolarlas á su gloria y á su amor. En adelante, en lugar de huir de las luces victoriosas de la revelacion, ambicionad la gloria de ser para vuestros hijos y vuestros hermanos, sus sacerdotes y sus pontífices sobre la tierra, puesto que debeis ser un dia sus gloriosos herederos en el cielo. Amen.

---

## VERDAD.

(PÉRDIDA DE LA)

*Superbus est, nihil sciens, sed languen.*  
Es un soberbio orgulloso, que nada sabe,  
antes bien enloquece.

(1.ª TIMOTH. VI, 4.)

Hermanos míos: hay tres heraldos que están encargados de anunciarnos de hora en hora la realidad de nuestra nada: el primero es la enfermedad; el segundo la muerte; el tercero la locura. Coloco la locura detrás de los otros dos, porque los primeros atacan solamente nuestra naturaleza inferior, nuestra materia, miéntras la tercera ataca nuestro sér superior, ó cuanto hace realmente de nosotros unos seres dignos de envidia y de gloria.

El hombre, lanzado en medio de esa naturaleza sin límites, sujeto á una ley fatal de su propio espíritu, sabe leerla y comprenderla: él vió en el cielo moverse algunos globos y cumplir ciertos movimientos; entónces, aunque estuviesen colocados á incalculables profundi-

dades, les hizo signo con la mano, y se bajaron para ser calculados y pesados en las balanzas de sus academias. Él vió al Océano abrir ante él su inmensidad, y supo por medio de la fuerza de su ingenio atravesar esos mares profundos sobre un leño débil, y estrechar así las extremidades de la tierra con pueblos que no conocia, relaciones de comercio y fraternidad. El rayo, surcando de tiempo en tiempo el firmamento, le inquietaba; él estudió, y, por último, despues de algunos siglos, por medio de un ligero hilo suspendido en los tejados de sus palacios, supo mandar esta fuerza á la vez tan caprichosa y tan fuerte: hoy la ve rodar ante su vista como un niño veria desplomarse un mundo sin espantarse.

Pues bien : hermanos míos, todas esas fuerzas del espíritu, del ingenio humano, todo eso parece, todo eso se desvanece con el efecto de una simple catástrofe, cuyo vencimiento de plazo nosotros no podemos conocer ni prever.

¿Qué es pues nuestro cuerpo? ¿Qué es pues nuestro espíritu? ¿Qué son pues nuestros órganos? ¿Qué es pues todo el hombre entero? Dios toca con su dedo este sér de una tan grande potencia intelectual, y le hace inmediatamente bajar ménos que un animal dotado de instinto. Dios le toca con su dedo, y su fuerza de inteligencia le es retirada, y pasa sobre la tierra como un sér condenado y marchito.

Hé aquí porque de todas las revelaciones de nuestra miseria y de la cólera de Dios contra nuestro orgullo, la demencia es ciertamente la más sorprendente de todas.

¿Y qué es pues la demencia, hermanos míos? ¿Qué es pues la locura? La locura es una alteracion de la razon, llegada á tal grado, que no es ya pasajera ni local, pero que se la puede llamar una nube de la razon. ¿Y la razon, qué es? Un cierto número de verdades primeras con sus consecuencias, que extienden nuestra inteligencia. La pérdida de la razon no es pues otra cosa más que la pérdida de la verdad en su más alto grado.

En esta pérdida de la verdad, nuestro espíritu sustancialmente no se halla tocado, porque no se comprende la alteracion de una sustancia intelectual, al ménos en el estado en que estamos; nuestra inteligencia, que es para nosotros la facultad de conocer, no se halla tampoco atacada; pero lo que es atacado bien ciertamente es la accion de nuestro espíritu sobre ciertas verdades primordiales, que constituyen como el fondo de nuestra inteligencia.

Por eso, hermanos míos, la pérdida de la verdad, que se reasume en la demencia, no es inmediata; antes de llegar á esta catástrofe

total de la locura, hay muchas locuras precedentes; hay en la escala de la verdad muchos escalones que bajar, para llegar á ella. Por consecuencia, hermanos míos, esta pérdida sucesiva de la verdad, empezando por el catolicismo, es la más alta posesion de lo verdadero hasta la locura, que es su más alta pérdida; es esta escala descreida de la verdad, de la que quiero tratar ante vosotros, porque espero hallaremos en ella algunas máximas para la direccion de nuestra vida, ora para nosotros, ora para los demás.

Examinaremos pues, la pérdida sucesiva de la verdad entre el catolicismo y la locura, que son los dos polos, uno el polo afirmativo, otro el polo negativo. A. M.

1. Nuestro espíritu no es la verdad; él posee la verdad en cierto grado, pero no es la verdad. Nosotros nacemos inteligentes, es decir, capaces de conocer; pero no razonables, esto es, no estamos entonces en posesion de la verdad. Solamente á cierta edad comienza la razon á apuntar: llamamos vulgarmente á esta edad la edad de la razon. Partiendo de esta edad á medida que el hombre descubre, caminando hácia la madurez, posee un mayor número de ideas verdaderas: en este grado su razon se forma y se completa.

El hombre, su espíritu, no es pues la verdad. La verdad y él son dos cosas. Hay entre él y la verdad desproporcion. La verdad es lo que es: la verdad son todas las sustancias, todos los fenómenos, todas las relaciones de los fenómenos entre sí mismos y de ellos con las sustancias; por eso es evidente que el hombre, el más dotado en punto al espíritu é ingenio, despues de muchos años consagrados al estudio de las sustancias, de los fenómenos y sus relaciones entre sí mismos, no conoce más que una infinitamente pequeña porcion de ellas. Jamás ha existido la ciencia universal. El hombre ha podido bien conocer casi todo lo que el espíritu humano conocia en su tiempo; pero ¿qué era todo lo que el espíritu humano conocia? ¿Qué Babel de cuestiones no se han propuesto los sábios como término de los esfuerzos futuros de la ciencia, que no ha sido aún alcanzada ni adelantada?

Así, hermanos míos, sin entrar en una mayor demostracion, el hecho más simple, el más vulgar, nos prueba haber desproporcion entre nosotros y la verdad. Hay contradiccion en cuanto á la extension; nuestro espíritu es estrecho y la verdad no tiene límites; la verdad es enteramente luz, y nuestro espíritu es enteramente tinieblas. Nosotros decimos algunas veces: tal verdad es oscura; no: es nuestro entendimiento el que es oscuro.

Yo veo grabada sobre un cuadro una figura matemática, y digo inmediatamente que es oscura; pero que yo tenga su llave, y luego ella me parece clara como el día. No era pues la fórmula, era mi entendimiento el que era oscuro. ¡Cuán más extendida es la verdad que nuestro espíritu! ¡Ella tan luminosa, nosotros tan oscuros y tan movibles; ella resiste tan fuertemente á todas esas masas de ataques, que se dirigen contra ella; nosotros estamos inquietos, parados á la menor dificultad que suscita ante nosotros un hombre de ingenio!

Siendo esto así, hermanos míos, y no siendo la verdad nosotros, y no estando en nosotros sino en el estado de gérmen, está fuera de nosotros en el estado de principio oscuro, de principio que puede bien desarrollarse con el contacto de la palabra; pero sea lo que quiera, aunque nuestra inteligencia sea constituida por algún gérmen de verdades primeras, siempre es cierto que la expresión completa de la verdad no es nosotros.

Toda vez que la verdad no es nosotros, es necesario la busquemos fuera de nosotros; pero como además entre la verdad y nosotros hay proporciones, es preciso que en alguna parte la verdad se halle enteramente hecha, que en alguna parte la verdad sea perfectamente luminosa, que en alguna parte esté armada para atacar y defenderse, de suerte que nosotros solamente tengamos el trabajo de entrar en ese establecimiento de la verdad para estar ciertos de hallarla entera. Debe haber necesariamente un establecimiento de la verdad sobre la tierra, como hay un establecimiento de la vida, que es la naturaleza; debe haber necesariamente un establecimiento de la verdad, que pueda comunicarnos, según nuestras necesidades, cuanto nos es necesario; sin este establecimiento ciertamente no hay que pensar en la verdad: ella es para nosotros solamente un imperio colocado lejos de nuestros alcances, y al que hay que renunciar y decir un eterno adiós. Si, hermanos míos, existe un establecimiento de la verdad do ella está enteramente luminosa, enteramente armada de punta en blanco para atacar y defenderse, y ese establecimiento de la verdad es la Iglesia católica, de la que sois miembros; la Iglesia católica, en la que siendo niños habeis sido bautizados; la Iglesia católica, que es vuestra vida y vuestra gloria. La Iglesia es este establecimiento; es la Iglesia la que defiende la verdad mientras los gigantes de la ciencia sublevan contra ella y contra vosotros, que sois sus hijos, dificultades superiores á vuestras fuerzas, pero que ella sabe rechazar; porque Dios suscita entonces á sus obispos, sus doctores, que escuchan, que miran con sangre fría el error, que le diseñan, que demuestran lo que hay de verdadero y lo que hay de falso;

que pronuncian una sentencia que fija todo, y que no dejan ya pasar el error ante los ojos de los hombres, sino como un torrente, cuyos vestigios destruyen del todo inmediatamente, para que los pastores puedan decir al pasar al día siguiente: ¿dó está pues el torrente?

Pero este establecimiento de la verdad tan brillante, tan superior á todo, objeto de todos los insultos, porque lo que es fuerte es siempre amenazado por los que aspiran á la fuerza y que no llegan á ella jamás; este establecimiento de la verdad, digo, este imperio, hay por tanto que aceptarle, hay por tanto que obedecerle bien por un acto de humildad. ¿Por qué? Porque él manda á nuestro espíritu, siendo más fuerte que él, y porque él resiste á nuestro espíritu cuando queremos insultarle ó atacarle.

Pues bien; hermanos míos, establecido este mando, establecida invenciblemente esta resistencia de la verdad ante algunas coaliciones de espíritus que se presentan, este mando nos pesa, y esta resistencia no nos acomoda. Nuestro orgullo no quiere aceptar la verdad sino como una forma; él no quiere, cuando pretende explorarla, encontrar un dique que le impida pasar más allá. Este es, hermanos míos, el primer orgullo, de donde viene la primera pérdida de la verdad, la primera degradación de la verdad en la inteligencia: es la herejía.

El hereje, que es el primer loco, el hereje concibe y admite la necesidad de un establecimiento de la verdad sobre la tierra; él le quiere; pero él le quiere sin mando y sin resistencia. Entonces busca en el mundo alguna cosa que pueda ser otra cosa diferente que él, más grande que él, más fuerte que él, alguna cosa que sea como un gaje de verdad en medio del mundo, y, sin embargo, que carezca de cierta fuerza de estabilidad para resistir á la voluntad de su espíritu. Bajo este punto de vista, el hereje toma á Jesús expresado en la Biblia; ese Jesús es verdadero, y la Biblia es verdadera, y bajo este respecto él ha elegido bien. Pero Jesús no manda, Jesús no resiste; Jesús para nuestro estado presente es invisible y como muerto; yo digo muerto; y vosotros sabeis bien que él está vivo en el cielo; pero de lo que había sido sobre la tierra todo ha desaparecido en su personalidad viviente, y él ha dejado en la Iglesia un representante asistido por el Espíritu Santo. Además, Jesucristo permite que se haga con él lo que se quiera; él está en su sepulcro; él ha resucitado, pero ha resucitado para los ojos de la fe, no ha resucitado para el hereje, que va á buscarle allá do él no ha querido quedar, allá de donde se lanzó al cielo. Para el hereje él queda con los brazos extendidos como allá en un día en que se colocó en su féretro; allá se puede, en lugar de

incienso, llevarle el insulto, bajo el nombre que se quiera, porque definitivamente él despliega sus labios; su palabra está en la Biblia, pero es la palabra escrita; es la palabra fija; es, como dijo Platon, una palabra que no tiene ya padre para defenderla, y que se la puede transformar.

Así el orgullo del hereje queda satisfecho, al mismo tiempo que cierta necesidad de establecimiento de la verdad. ¿Pero es ésta la verdad entera? ¿Pero la Biblia, pero Jesucristo son verdaderos, cuando les atormenta así, cuando les sazona según su apetito de la mañana ó de la tarde? No, hermanos míos, allí no hay posesión entera de la verdad, porque los herejes violan esta verdad, excudriñando la Biblia; no, no hay ya la posesión plena de la verdad, porque desde el momento que se puede añadir á ella ó quitarla alguna cosa, no hay ya seguridad, no hay ya certitud para el espíritu. Cuando se ha establecido un dogma ayer fuera de la verdad absoluta, ¿por qué no se le destruiría hoy? ¿Cómo un hombre, que puede ver en el Evangelio una cosa hoy, que no veía en él ayer, cómo este hombre no negaría al día siguiente lo que afirmaba la víspera como un dogma?

Así, hermanos míos, la duda, para no hablaros de lo demás; después del primer orgullo, la primera duda; esa duda, que no destruye todo, porque el primer orgullo no ha destruido todos los fundamentos, ¿qué es? Es el mayor enemigo de la verdad. Con la duda no hay ya establecimiento seguro de la verdad, no hay más que una verdad que se juzga, y es transformada bien pronto en error, una verdad que es como los fuegos que se levantan en los cementerios, que alumbran por un instante á los viajeros, pero que no son fuegos durables destinados á iluminar nuestro camino en este mundo.

Sin embargo, hermanos míos, por más fácil que sea la representación de este papel para el espíritu, esta herejía, nosotros no nos contentamos aún con ella.

Jesús, en la Biblia, tiene una cierta autoridad, que subsiste; hay que destruirla. Entónces en vez de tomar para establecimiento alguna cosa como la Biblia y Jesucristo aún visibles, se declara ser *Dios* el establecimiento de la verdad, que en Dios solo subsiste la verdad, que la verdad está entre Dios y nosotros, y que somos capaces para consultarla sin intermediarios vivientes. Esto es el teísmo, y el teísmo es la segunda pérdida de la verdad.

He aquí el drama entre Dios y el espíritu. Dios es todavía mucho; es un nombre sagrado; es un nombre invocado por toda la tierra; es un nombre bendito; es un nombre que protege el género humano; es un nombre que asiste al desgraciado; en el nombre de Dios

sucede aquí abajo todo bien, toda buena acción; es en fin alguna cosa grande.

Sí, sin duda; pero observad, hermanos míos, cuán más á sus anchas se halla el orgullo con Dios.

Considerado de una manera abstracta, ¿es bien Dios la verdad? Dios no tiene palabra aquí abajo, no tiene acción sensible, no tiene representante; hay que buscarle dentro de sí mismo, en una cierta luz que llamamos razón. Allí la duda se aumenta; ella era ya grande poco hace en la herejía; pero ¡cuánto mayor en el teísmo! En efecto; ¿qué es Dios? ¿Qué es su naturaleza? ¿Qué es su voluntad? ¿Qué es su providencia? ¿Qué es su acción? ¿Qué es su sustancia? ¿Dónde está Dios? ¿Qué hace? ¿Por qué nos ha enviado al mundo? ¿Y tantas otras cuestiones!... Por eso, hermanos míos, para juzgar todas esas cuestiones, para sentarlas, ¿qué tenemos nosotros? Tenemos únicamente lo que advertimos dentro de nosotros mismos, es decir, ciertas ideas, ciertas maneras de sentir. Así todos los días decimos: Dios es demasiado bueno para condenar á los malos á penas eternas; y hé aquí que nosotros decidimos de Dios según un cierto sentimiento de piedad que á nosotros mismos nos hemos formado. Así, todos los días nos decimos aún: Dios es demasiado bueno para haber hecho el mundo, hace seis mil años; el mundo ha debido existir siempre. Pero Dios también ha debido existir siempre, y ha sido bueno tan luego como lo ha podido, es decir siempre.

Cualesquiera que sean pues las cuestiones, que tratemos, tomad uno á uno á los teístas, y no hallareis jamás en ellos un símbolo común. En el teísmo, según el hombre tiene ciertos sentimientos, ciertos conocimientos, hace á Dios á su imagen, le mide, le corta, le redondea á su sentido, en una palabra, Dios no es ya otra cosa más que el mismo hombre, un poco más grande, pero son siempre sus ideas, su voluntad: Dios hace tal ó tal cosa, de tal ó tal manera, porque el hombre hubiera hecho lo mismo. ¡Qué certitud!!!! Y después, cuando se ha llegado al fondo de este excepticismo, se ve al lado de Dios la naturaleza, esa materia natural tan inferior á la idea que nos hacemos de Dios.

Entónces se presenta la cuestión de saber lo que es la naturaleza, si es Dios quien la ha hecho, ó si ha existido siempre. Si es Dios, es un gran misterio la creación, ningún filósofo no ha podido comprenderla. Sin embargo, si no admitís la creación, suponeis que el mundo es eterno; hay pues otra cosa, que es tan infinita como Dios, al ménos por la eternidad. Me dirán aquí, que siendo eterna la naturaleza, pues que la imaginación no se la representa creada, tenemos